

JOSEP MARIA SUBIRACHS

# Decadencia y otras miserias

Platón nos explica en el "Banquete" un mito citado por muchos autores atraídos por su interés simbólico, desde Sigmund Freud en "Más allá del principio del placer" hasta Joan Margarit en su último libro, "Edat roja". El célebre texto cuenta que los seres humanos eran en sus orígenes hombre y mujer a la vez y esto movió a Zeus a separarlos. Al verse divididos en dos partes, la añoranza les impulsaba a juntarse descosos de vivir unidos. Podríamos imaginar una fábula paralela: al principio el cuerpo de los humanos era inmortal y esto motivó que Zeus les quitara esta cualidad que les equiparaba a los dioses. La nostalgia de su estado anterior hizo que desearan dejar una huella para que en cierto modo siguieran siendo inmortales.

Estos mitos nos sirven para fijar nuestra atención en los dos grandes problemas del hombre: la soledad y la muerte, o mejor aún, el conocimiento de la muerte. La toma de conciencia de esta realidad tiene suma importancia por ser la razón última. El origen profundo del porqué de la existencia del arte. Por esto ni los insectos, los pájaros o los simios, que no son racionalmente conscientes de la muerte, hacen obras de arte ni tienen de ello ninguna necesidad. Que no nos engañen el nido, la termitera o la colmena pensando que tienen algo que ver con la arquitectura; para ello les falta la condición imprescindible de toda obra humana: el estilo.

La muerte es evidentemente un hecho negativo, pero el hombre lo transforma en el motor que le impulsa hacia la creación. Así, frente a la trágica información de que su vida tiene un límite, se subleva, luchando en una contienda perdida de antemano, dejando en el campo de batalla unas huellas que le sobreviven, unas frágiles partículas de eternidad.

Si consideramos el arte como antídoto de la muerte y lo comparamos con el impulso sexual, antídoto de la soledad, podría tacharse de "voyeur" al espectador de la obra de arte, pero no es así. El espectador participa de una manera más pasiva y receptiva, pero la relación artista-espectador es un verdadero diálogo, más aún, una cópula. El arte no tendría razón de existir sin esta

equilibrada correspondencia y, a menudo, especialmente en nuestro siglo, el espectador tiene que completar y terminar la obra iniciada por el autor.

Insistiendo en la comparación entre la necesidad del arte y la libido, podríamos considerar que el placer sexual, trampa puesta para asegurar la continuidad de la especie, es equiparable al placer estético, ya que éste también podría ser una

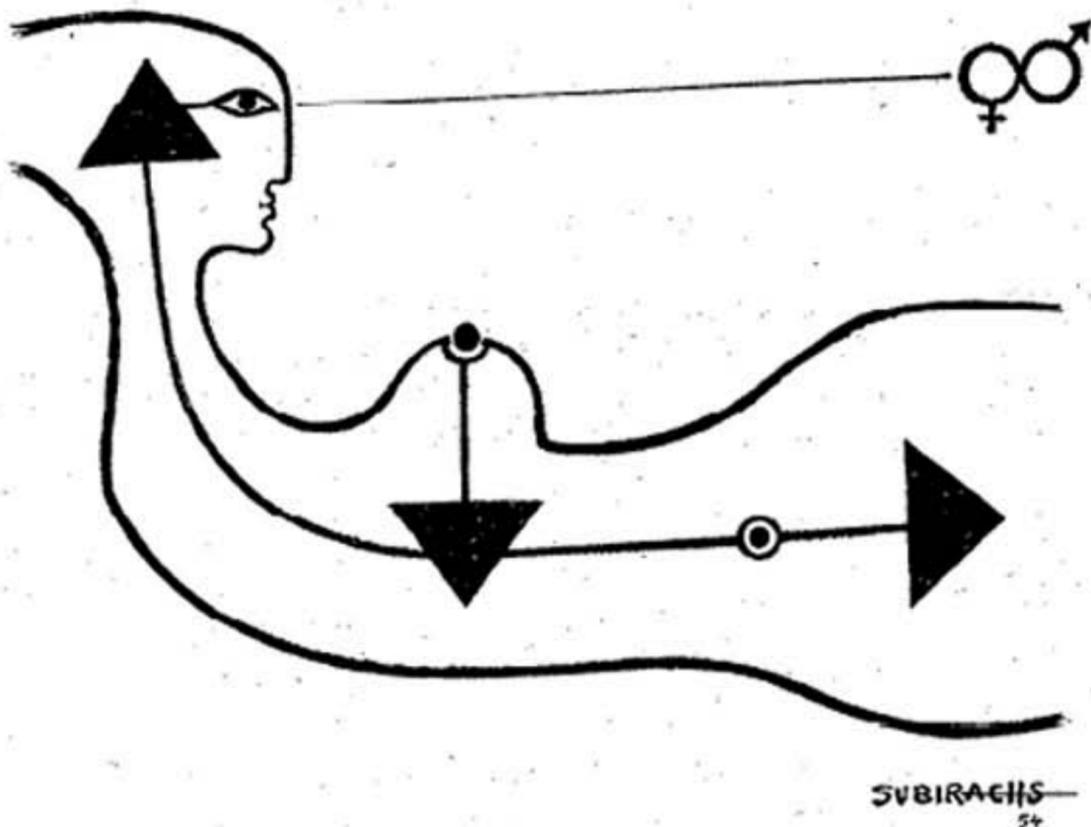
trampa para atraer el interés hacia la verdadera función del arte: la de ser un documento de su contemporaneidad. Al sustraerse del ciclo de la naturaleza, el arte es, como ya he dicho antes, antídoto de la muerte y por ello, incluso en las obras donde el impacto destructivo del tiempo es mayor, sus restos conservan la vitalidad propia de su doble naturaleza histórica e intemporal.

nas, la Victoria de Samotracia, el Coliseo de Roma, Sant Pere de Roda, "La Cena" de Leonardo, el "Julius Civilis" de Rembrandt, el Parque Güell... mantienen su poderosa presencia a pesar de las agresiones, mutilaciones y erosiones múltiples sufridas. Un pequeño fragmento de estas obras posee la cualidad excelsa que tenía originalmente y, en consecuencia podemos imaginar, al igual que los sabios reconstruyen el esqueleto de un mamut a partir de una sola vértebra, el esplendor que estas obras tuvieron para sus contemporáneos. Delante de estos admirables trabajos martirizados por el tiempo y los bárbaros, uno siente como Zénon (el médico y alquimista creado por Marguerite Yourcenar) un sentimiento de orgullo al ver que pertenecemos a "esta creativa e inquieta raza de los hombres que domina el fuego, transforma la sustancia de las cosas y sondea el camino de los astros".

De todas maneras, poca estima nos inspiran muchas de las pretendidas obras de arte actuales ante la inopia presuntuosa de la mayoría de ellas, y me pregunto cuál será la valoración que nuestro siglo merecerá en el futuro teniendo en cuenta el deprimente espectáculo que se ofrece. Afortunadamente, nombres ilustres que hace poco estaban todavía entre nosotros como

Le Corbusier, Thomas Mann, Picasso, Henry Moore, Stravinsky, Salvador Dalí, Orson Welles... y, recientemente en Barcelona, acontecimientos como la exposición de Jorge Castillo y la representación "Ara que els ametllers ja estan batuts", de Josep M.ª Flotats, nos desquitan de tanta miseria.

Pero una época en la que ciertos doblajes de televisión emplean un lenguaje tan grosero y recientemente, en la sanitaria campaña a favor de los preservativos, el uso de una "literatura" y unas canciones de tanta ordinariéz; en la que se ensalzan como geniales los garabatos y los monigotes con pretensiones de obras de arte; en la que la chatarra y la materia en estado informal son consideradas piezas de museo y la vacuidad y el "minimal" esfuerzo son motivo de alabanzas ditirámicas de cierta crítica, creo que dentro de unos años será considerada, al menos por los aspectos comentados, como una penosa etapa de honda decrepitud. ●




---

EL ESPECTADOR,

a menudo,

tiene que completar

y terminar la obra

iniciada por el autor

---

La gran Esfinge de Gizch, el Partenón de Ate-

La gran Esfinge de Gizch, el Partenón de Ate-